

LIBROS

Psicoterapia
y religión

El psicoterapeuta vienés Viktor E. Frankl edita este libro (1) donde resume —a través de dos escritos complementarios de diferentes épocas— su punto de vista acerca del análisis existencial o logoterapia como él lo llama.

En la selva de interpretaciones que sobre las desviaciones psíquicas y caracterológicas han aparecido en este siglo, es este un autor que es necesario conocer porque enlaza con la tradición occidental de nuestra cultura, bajo un aspecto estimulador cuya lectura y consideraciones ayudarán a muchos lectores demasiado desesperanzados ya por la "mecánica del espíritu" a que nos tiene acostumbrados gran parte de la psicoterapia contemporánea.

Especialistas cada vez más numerosos que provienen de uno de esos campos extremos, o de sus posturas intermedias, han dado un cambio metodológico valorando nuevamente lo que podríamos llamar el poder del espíritu.

El materialismo occidental, desarrollado sobre todo en el siglo XIX, nos ha acostumbrado a este mecanicismo que tiene dos vertientes principales: la orgánica y la psíquica. Y a través de ellas se quiere curar al enfermo, o bien orientar al desajustado. Pero la gran pregunta es: ¿cómo ser eficaces?, ¿basta esa mecánica psíquica u orgánica para conseguir la superación de los desajustes o desviaciones?

Los procedimientos simplistas y parciales empiezan a entrar en crisis, a pesar de sus éxitos relativos; y se comienza a vislumbrar un nuevo horizonte que ilumine el camino con nuevas actitudes más profundas, no sólo ni principalmente buceando en el inconsciente psíquico, o inclinándose por la pura rectificación de la conducta en el otro extremo, sino acudiendo a eso que podríamos bautizar como el "poder del espíritu".

Yo creo que en el siglo pasado hubo dos precursores muy

(1) Viktor E. Frankl, "La presencia ignorada de Dios". Ed. Herder, Barcelona, 1977.

diferentes: Engels y Williams James que así lo comprendieron. Ambos pensaron que el espíritu no era una fuerza, un impulso, sino un "poder". Que éste, podía sin esfuerzo físico o psíquico material, desviar la atención del individuo hacia las metas deseadas, y la presencia envolvente de estas metas pondría en marcha nuestros mecanismos impulsivos positivos sin luchar directamente contra los que eran negativos. Sin ser un impulso, el espíritu tiene un poder que los occidentales ya no sabemos usar y menos los católicos en nuestra gran crisis religiosa de identidad. De ahí el marasmo en que nos encontramos. Somos como náufragos perdidos flotando malamente en una pequeña balsa dentro de la inmensidad de la vida; balsa que se mueve al azar de las influencias exteriores o interiores.

Y lo que hace Frankl —y ayer Binswanger y hoy Caruso, Rollo May o A. Maslow— es llamar la atención del hombre de nuestra cultura hacia esa posibilidad que lleva dentro de sí mismo, y que se mantiene adormecida y oculta por toda suerte de fuerzas internas o externas que se apoderan de él.

El libro chocará a quienes se han acostumbrado a otros prismas demasiado mecánicos para conocer la realidad humana. Pero su lectura hace pensar y abre una esperanza que no podemos olvidar o posponer. No somos el animal puramente cerebral de los científicos naturalistas del siglo pasado, ni una máquina cibernética que pueda ser más o menos teledirigida, o una selva de impulsos ciegos. En él existen otras posibilidades que debemos reconsiderar.

Incluso el aspecto religioso sale a relucir muy adecuadamente en las páginas de este libro porque aunque la religión no es del ámbito de la psicoterapia, según el autor el hombre es un creyente consciente o inconscientemente, porque anhela algo que desborda sus estrechos horizontes individuales y que fácilmente incide en su conflictividad psicológica. De ahí que no sea extraño que el análisis existencial descubra esta veta inconsciente en muchos hombres y mujeres, que necesitan una correcta reorientación, adoptando una actitud auténtica, que uno mismo debe crear responsablemente. Este sentido de la responsabilidad, sin angustias morbosas, es la nueva faceta que todos debemos adquirir de cara a conseguir un hombre y una sociedad más jus-

ta con una actividad que tenga sentido pleno.

Uno de los puntos más importantes de la investigación logoterápica es por eso el descubrimiento de la necesidad de dar sentido el ser humano a su vida. Cuando éste lo consigue sin idealismos por un lado ni escepticismos por otro, empieza a vivir más ajustadamente consigo mismo, y se hace un hombre más eficaz para conseguir una justa sociedad.

El autor pone algunos ejemplos reales de su vida clínica para que se comprenda cómo deben intentar descubrir esta veta oculta quienes padecen cualquier desajuste de carácter o de mayor fondo psíquico. Ese culto anhelo de dar un sentido a la vida, y llenarla positivamente por una decisión personal sin dejarse llevar por las circunstancias, debe ser realizado conscientemente por el hombre.

Creo importante la lectura reflexiva y crítica sin prejuicios —tanto por creyentes, como por no creyentes— de estos autores antes citados y especialmente de Frankl, que entre nosotros no se han difundido suficientemente. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Un viaje
a la angustia

Justo Jorge Padrón, nacido en Las Palmas hace treinta y

to tiempo con motivo de haber contraído matrimonio con una sueca, Padrón ha sabido empaparse de la cultura nórdica dándole a conocer al público español. Inapreciables son en este sentido sus traducciones y antologías de la joven poesía sueca y de la poesía noruega y sus ensayos acerca de la poesía finlandesa e islandesa. Como creador aúna sus hallazgos personales a los mejores logros de la generación poética de 1927, de la que recibe dos influencias decisivas: la de Vicente Aleixandre —maestro indiscutible de la mayor parte de los poetas de posguerra— y la de Dámaso Alonso. Del primero toma el tono apasionado y la reverberante fuerza de la palabra; del segundo, el implacable análisis de la angustia y el airado reproche contra la capacidad destructora del hombre, no salvándose de la unánime condena el propio poeta, sobre el que se dirigen los más envenenados dardos acusadores. Padrón, al igual que Dámaso Alonso, necesita cargar con la pena y la culpabilidad del mundo para purificarse de su amargura ontológica y quedar en paz consigo mismo; ahora bien, mientras la paz damasiana está abierta a la esperanza y es un camino claro de reconciliación con Dios, la paz de Padrón está agusanada por el vacío desesperanzado de la muerte.

"Los círculos del infierno" es la lenta inmersión en el aterra-



Justo Jorge Padrón.

tres años, es autor ya de tres libros de poemas: "Los oscuros fuegos", "Mar de la noche" y "Los círculos del infierno", Premio Fastenrath 1977 y objeto del presente artículo. Transplantado a Suecia durante cier-

do mundo del subconsciente donde existen aguas cenagosas, insectos insaciables, magma con iracundos ojos diminutos, hielos candentes y espejos reveladores de la locura y del horror. El prologoista del libro, el eminente

NOVEDADES

CONE, C. A. y PELTO, P. J.

"Guía para el estudio de la antropología cultural". 182 páginas.

JAKOBSON, R.

"Ensayos de poética". 264 páginas.

RUKSER, U.

"Goethe en el mundo hispánico". 338 páginas. 425 pesetas.

PRESSAT, R.

"La práctica de la demografía". 368 páginas. 590 pesetas.

KATZ, J. M.

"Importación de tecnología, aprendizaje e industrialización dependiente". 228 páginas. 350 pesetas.

FRONDIZI, R.

"Introducción a los problemas fundamentales del hombre". 586 páginas.

BECKER, E.

"El eclipse de la muerte". 428 páginas. 400 pesetas.

PROXIMA APARICION

HEGEL, G. W. F.

"Escritos de juventud".

HEGEL, G. W. F.

"Lecciones sobre la historia de la filosofía". Tres volúmenes.

MAYER, G.

"Friedrich Engels. Biografía".

LETRAS • ESPECTACULO

te académico sueco Artur Lundkvist, descarta la influencia de Dante en el libro de Padrón al afirmar que el infierno del poeta canario es autónomo y más cercano y evidente que el del escritor florentino. Si, en conjunto, tal afirmación es cierta —pues mientras el infierno dantesco es religioso y ultraterreno, el padroniano es psicológico y terreno—, pueden percibirse, no obstante, algunos ecos de la *Comedia* sobre "Los círculos del infierno": tal sucede con la imagen de los hielos candentes y con el mismo título de la obra, que es un claro homenaje al autor italiano.

El símbolo central del libro, al igual que sucede con la poesía de Dámaso Alonso, es el del monstruo; y el procedimiento literario clave el de la metamorfosis, como en la conocida novela de Kafka y en la poesía surrealista de Neruda. El hombre se transforma en repulsiva y desconcertante presencia animalística y las cosas se desintegran para mostrar la ruina de un mundo montado a la intemperie y carente de sentido. En el poema titulado "Hedor" se describe en tercera persona la metamorfosis de un hombre en repugnante insecto: un olor pestilente despierta al personaje que, de repente, se sabe ciego, rodeado de espesa oscuridad; perseguido por vientos de catástrofe y por pasos de misteriosos seres, tambalea en el vértigo, buscando una salida que no existe por donde poder escapar del dolor; al final, la impotencia de la huida ante el empuje creciente de la angustia se plasma en un viscoso cuerpo diminuto con alas y con antenas. En el poema "Aquel frondoso peso", la perspectiva se interioriza aún más, pues la experiencia metamorfoseadora se narra esta vez en primera persona: el despertar del poeta-personaje no se produce aquí a través de una sensación olfativa, sino por la audición de unos remos misteriosos que surgen del propio cuerpo; la ceguera y la impotencia son comunes a los dos poemas, si bien ésta es más directa y evidente ahora, ya que todo el ser se siente paralizado "como ave temblorosa amarrada a la tierra". La metamorfosis es atroz: por un lado, una invasión de patas leves, afiladas, húmedas y temblorosas; por el otro lado "un tacto repentino de pico, garras y uñas".

En el poema "Autofagia" se continúa el drama de las transformaciones con variantes notables al principio y al final de la composición. La poesía se abre



también con un despertar a la angustia, pero un dato nuevo de singular importancia va a iluminar el cuadro del pavor: el poeta despierta en un recinto hermético recubierto de espejos luminosos que reflejan el crecimiento imprevisible del cuello, el distanciamiento de los ojos con respecto al tronco y la reducción de brazos y piernas a muñones, a aletas y a superficie escamosa. Así pues, la ceguera de los poemas anteriores ha sido sustituida por la galería de los espejos, que es un desdoblamiento objetivado de la conciencia lúcida del poeta que, al final, asiste, estupefacto, a su propia aniquilación. En suma, los tres poemas comentados presentan una gradación climática que va de la tentativa frustrada de huida a la paralización y a la muerte, única solución para el dolor sin salida.

En el compacto orbe de desgracia que es "Los círculos del infierno" hay pocos momentos de alivio, tan sólo en tres poemas, los titulados "La mujer de la tierra", "El sueño del sexo" y "El sueño del regreso a la infancia", cede la tensión obsesiva y nos está permitido, por unos instantes al menos, asomarnos a un paisaje riente de belleza y ternura. En la línea de negrura que enmarca el libro podemos destacar como poemas significativos los titulados "El cansancio", "La soledad", "El túnel" y "El llanto".

El estilo de Padrón es violento, encrespado, cortante y musical. En el tejido armonioso del verso, de una armonía exasperada y discordante, destacan como recursos expresivos el símbolo y la imagen. Los símbolos dominantes —aparte del del monstruo— son el viento, la

charca, el túnel y una hostil y variada fauna de la que son calificados representantes, las arañas "hambrientas y quemantes", el tiburón "con sus violentos aletazos de sombra", el tigre "con sus ojos como disparos en camino", la serpiente, la hiena, el buitre, las ratas, los chacales y las hormigas.

Entre las imágenes más logradas figuran las siguientes: "Mis manos son murciélagos, me buscan con tijeras"; "Mi paciencia, como ese calcetín que ya no puede remendarse más, es asfixiada mueca, vil arruga"; "El porvenir es ahora carcajada amarilla"; "El ajedrez irregular del miedo".

"Los círculos del infierno", de Justo Jorge Padrón, es una obra interesante donde se narra la atroz experiencia de un hombre que ha bajado a su infierno interior y, desde allí, lanza su grito de protesta y de advertencia a los otros hombres. A mi entender, no obstante, hay algo en el libro que resta vigor y fuerza al mensaje transmitido: se trata de la técnica usada. Mientras el contenido es netamente irracional, según corresponde a un mundo de pesadillas y de locura, la forma presentativa es demasiado lúcida y analítica, lo que produce un desajuste entre lo descrito y lo vivido; con todo, la intención es ambiciosa y la ejecución notable. Saludemos, pues, alborozados en Justo Jorge Padrón a uno de los poetas que cuenta con más porvenir en el panorama de las letras españolas. Y ojalá que la confianza y la amistad con que Vicente Aleixandre le ha distinguido, al elegirle como representante suyo para recoger el Premio Nobel, le sirva siempre de estímulo en el difícil camino que ha emprendido para poder cuajar los frutos líricos de indiscutible madurez que todos deseamos y esperamos. ■ JOSE MAS.

Recuerdo del antiguo combatiente

Desde el campo de concentración de Sachsenhausen, conservado casi intacto en las cercanías de Berlín como testimonio de la barbarie nazi, se ven las tapias del de Ravensbrück. Este campo, gemelo del anterior, estaba destinado sólo a mujeres. En él supo la prisionera checoslovaca Gusta Fucikova que su marido, Julius Fucik, ha-